

GALICIA,

REVISTA UNIVERSAL DE ESTE REINO.

NOTICIAS Y DOCUMENTOS

referentes al **Arzobispado de Santiago,**
recogidos por el **Presbítero Don Francisco Javier Rodríguez.**

(Continuacion de la pág. 368.)

Sobre una ventana de la capilla mayor de la Iglesia de *Santa Mariña de Riveia*, se lee:

E. I. C. LXXXX VI.
VIII. KL. MRS. EGO.
HS. FVNDAVI. CONSECAVI.
ARHEPO. M. FRX.
PO. IIIAS. VÑZARIF Q.

Junto á la puerta colateral de la Iglesia de *San George de Codeseda* hay dos letreros que dan á entender que esta iglesia fué de monjas; dice:

ABBADESSA. MARIANA. FERN.
NOTA. BOCABAR.
MVNIO. EST. QVE.
LAPIS. ISTE. MICHI.
IN. REQVIE. DEVM. COLLE
DAT. FERM. ERA
M. CC. II ZQD. VII.
KDS. IVNII:

Arciprestazgo de Montes, tiene 24 parroquias.

En *San Miguel de Pesquera* está la fortaleza de Montes, que habrá (en 1610) unos 26 años que se quemó con fuego del monte que la rodea.

En *Santa Cruz de Lebozán* hay 30 feligreses,

trece son vasallos del Arzobispo y caseros del Cabildo de Orense.

Hay en esta parroquia una ermita de San Pedro de Casofez.

Santa María de Acebeiro, es monasterio de monges bernardos y parroquia con 80 feligreses.

En la pared de la iglesia hay un rótulo de la primera fundacion y venida de doce monges, y otro de cuando eran ciento séis.

Arciprestazgo de Cotobad (ó coto del Abad) tiene 14 parroquias.

San Pedro de Tenorio, monasterio de benitos y parroquia de 120 feligreses.

Arciprestazgo de Salnés, tiene 61 parroquias.

Villagarcía.

Santa Eulalia de Arealonga de Villagarcía, tiene 240 feligreses.

Tiene la iglesia una capilla de Nuestra Señora de la Concepcion y otra de la Asuncion.

Hay en la parroquia una ermita de Santa Lucía, otra de San Roque y otra de San Cristóbal.

Tambien hay un hospital de San Juan Bautista, con 10 *rapadas* de pan y el cuarto del vino de diez cabaderas y dos casas que dan 25 reales.

Fundacion de la Villa-García. Habrá (en 1610) como 120 años, era una isla que llamaban Insuela, en donde hicieron algunas barracas para guarecerse los pescadores.

Viendo esto Garela de Camaño, señor que en aquel tiempo era de esta tierra, fué animando á los pescadores á que hiciesen casas, para lo que les daba piedra y madera, pan y vino, de cuyo modo se hizo un lugar que despues fué villa con el nombre del fundador ó que animó y ayudó; cuyo sitio ó insula tenia usurpada el tal caballero García.

García Rodríguez, su hijo, la mandó restituir á la dignidad de Santiago, y despues la vendió el Rey á D. Rodrigo de Mendoza y Doña Urraca de Sotomayor y Osorio, su muger.

Está á orillas de la ría de Padron, en sitio llano, en donde sólo arriban lanchas, aunque en el Carril, que está más arriba, entran ó arriban barcos grandes.

Nota. Al lado opuesto de un riachuelo, está la casa del Marqués, que llaman Vista-Alegre, y contiguo á ella un convento de Recoletas.

En *San Vincencio de Nogueira* hay una iglesia antigua que dicen fué de Templarios y despues, de la Encomienda de Arinteira.

San Juan del Poyo, tiene 200 feligreses que administra un monge de este monasterio.

Arosa.

San Ciprian de Calgo, en la isla de Arosa, tiene 309 feligreses. Tiene una capilla, la iglesia de la Concepcion, otra de la Quinta Angustia, otra de la O, otra de Santispiritus, otra de San Anton, otra de la Magdalena, otra de la Anunciacion y otra del Buen Jesus.

En la parroquia hay una ermita de Nuestra Señora de los Barreros, otra de San Roque y San Sebastian.

En la villa hay dos hospitales.

Cambádos.

Santa Mariña d' Oza de Cambádos, tiene 500 feligreses.

En la iglesia hay nueve capillas y memorias. Son más de 23 capillas y memorias.

En la parroquia hay una ermita de *Santo Tomé do Mar*, que fué la primitiva iglesia. Otra del Buen Jesus, con una misa semanal que dice el Rector por la casa y huerta que dejó Fernan Diaz, clérigo de la misma villa.

Santo Thomé y Fafiñanes de Cambádos. Estas tres parroquias están seguidas á orillas de la ría, y juntas, hacen una villa prolongada hasta una milla.

La primera fué *Santomé do Mar*, que es una isleta cercada de agua cuando crece la mar.

Hay una calzada de comunicacion de á dos varas de alto, y cuando hay *fortuna*, pasan lanchas por cima en pleamar.

Esta isla se llama la Villa vieja. Tiene una ermita de *Santomé* y otra de San Saturnino. Tiene una casa fuerte, fundada, segun dicen, por Pedro Pardo el Mariscal, que está enterrado en Santo Domingo de Pontevedra, en la capilla de San Jacinto.

Tiene 17 vecinos pobres, aunque solian ser 80. No tiene agua dulce.

Entre esta isleta y el Jobre, hay tantas ostras, mejillones, almejas y *berbirichos* que venian de Portugal y otras partes á cargar *caravelas* y otros barcos; y en estos tiempos vienen de dos leguas á la redonda á cargar carros de todo esto, fuera de las ostras.

De esta Villa-vieja se fueron saliendo algunos vecinos y fundaron casas en tierra firme, á donde ahora llaman Santomé, que es una parte de Cambádos que se fué fundando y prolongando á orillas del mar ó ría.

Un hijo del Mariscal que se llamaba D. Pedro de Sotomayor, trajo á esta torre una hija del Rey de Ungría de esta manera: El turco cautivó á dos hijas del Rey de Ungría, y despues, en una batalla en que venció al turco, llevó consigo estas doncellas y teniéndolas, el Taborlan, envió el Rey de España al dicho Don Pedro por ellas, y él se aficiónó á una de ellas y la trajo á esta torre de la Villa-vieja, cuya doncella se llamaba Doña Juana.

En este tiempo moraba en Cambádos una Doña María de Ulloa y segun consta de un foro que ella hizo en 1502, debia ser poco ántes; y esta señora y la Doña Juana dicen que viendo que la iglesia de Santomé, la vieja, era pequeña, determinaron hacer una buena iglesia, y de hecho la hicieron, y es la que ahora llaman Santa Marina.

De esta señora y del Patriarca fué hijo Don Alonso de Fonseca, el que fundó el colegio del Arzobispo en Salamanca y el mayor de Santiago, y liberto la ciudad de Santiago; y deste Arzobispo fué hijo Don Diego de Acevedo, padre de la Condesa de Fuentes que ahora vive (en 1610) siendo muger del Conde de Fuentes.

San Adrian de Vilaríño, tiene 70 feligreses, la mayor parte en la villa de Cambádos que llaman Fafiñanes.

Hay en esta parroquia una ermita de San Anton Abad, que fué monasterio de frailes terceros y despues que murió el último de ellos, se aplicó al rector ó cura con los diestros y casa, con carga de una misa.

Hay otra ermita de Nuestra Señora de la Merced.

Hay un hospital de San Benito, que es ermita, en donde dicen misa parroquial los domingos.

San Martín del Grobe, tiene 250 feligreses, en la iglesia hay una capilla del Rosario y otra. En la parroquia dos ermitas de San Roque y de San Sebastian, con más un hospital.

Santa María de Armentera, monasterio de monges bernardos, tiene 60 feligreses.

A doscientos pasos al rededor, tiene jurisdiccion temporal con condicion de que no pueda tener más de siete vasallos en este coto redondo, conforme á la concordia hecha en tiempo del Sr. Arzobispo D. Gaspar de Zúñiga con la Sede Apostólica.

Este es el extracto sacado de un manuscrito original histórico de la Visita eclesiástica de todo el Arzobispado, hecha á principios del siglo diez y siete, por el Sr. Cardenal D. Gerónimo del Hoyo, en tiempo del Sr. D. Maximiliano de Austria.

Principia esta copia siguiendo el original en el catálogo ó con el catálogo de los Obispos y Arzobispos hasta el Sr. D. Maximiliano, á las páginas (279 del tomo III de la GALICIA) pues los dos catálogos que preceden (desde la página 211 del mismo tomo III) fueron sacados y copiados de otros manuscritos; lo mismo que lo que sigue á esta advertencia. Santiago y Julio 7 de 1855.

FRANCISCO JAVIER RODRIGUEZ.

LA LLUVIA.

Quizá al aparecer estas líneas brille espléndido el sol y ostente el espacio etéreo el profundo azul que sirve de bóveda á los países tropicales, pero como al trazarlas diviso un toldo obscuro en el firmamento, se me ocurre hablar hoy de la lluvia, objeto por lo regular de la antipatía de los habitantes de las poblaciones como no dependa su bolsillo del buen ó mal éxito de las cosechas que dependen á su turno de las propicias ó adversas mudanzas del tiempo. No se necesita, sin embargo, poseer fincas de campo para conocer cuan útil es el benéfico llanto del cielo contra el cual ligeras mortificaciones nos impelen á clamar á menudo. Dios ha formado la tierra para todos sus hijos y la vista de su generosa fecundidad cuando ha recibido el riego indispensable, el verdor de que se visten las plantas despues de la provechosa ablucion, y la frescura que el aire adquiere merced á los chubascos que mitigan el ardor atmosférico, compensan sobradamente las molestias causadas por el agua, que no consulta los deseos ni proyectos de nadie, para descender á torrentes, ó con lenta tenacidad, de las nubes.

No negaré que si resuena la lluvia miéntras nos hallamos léjos del hogar doméstico ó pensando en algun paseo ó alegre fiesta, no podemos considerarla un huésped bienvenido, ni que el lodo y los catarros nada tienen de cómodo ni poético. ¿Pero no son peores que los inconvenientes citados, como he dicho otras veces, el polvo y el calor? ¿No vale más oír el concierto de las ranas que soportar las jaquecas por aquellas producidas? Ahora, sobre todo, en lugar de entristecernos debe regocijarnos la lluvia, pues preparando favora-

blemente los próximos cambios equinocciales, evita las borrascas que por el otoño han solido asolar nuestra hermosa Isla. Los chaparrones pasajeros, además que han bañado las flores del espirante estío no las han deshojado, y los vapores que han flotado en el cielo, no viniendo con la amenazadora violencia de huracan, nos anuncian el tránsito feliz de una estacion temida á otra ansiada.

Aunque semejante gusto constituya una excentricidad, repito que me agrada mucho ver llover. La tristeza del opaco horizonte, el rumor del agua al deslizarse sobre el techo de las habitaciones ó sobre las ramas de los árboles, los deliciosos céfiros que con sus alas húmedas nos acarician, y el placer de sentirse al abrigo interin la intemperie brama por fuera, encierran para mí un encanto que no encuentro en los días serenos y luminosos. Calmándose entónces la inquietud del alma aprecia mejor la paz del rincón doméstico y el sagrado calor de la familia. A la clara mañana pertenecen el movimiento y las distracciones; á la tarde lluviosa los goces sedentarios é intimos. ¡Cuántos escritores han concebido sus más aplaudidas páginas en el recogimiento inspirado por la melancolía de la naturaleza cuya influencia en el hombre es tan grande que hasta jimprime su sello especial en el carácter de los pueblos!

Cuéntase de Bernardino de Saint-Pierre, el constante admirador, y quizá imitador, de J. J. Rousseau, que dotado de una susceptibilidad excesiva se dedicó una vez á escribir contra uno de los ministros de Luis XVI (á quien habia debido amistad y proteccion) porque su imaginacion asustadiza creyó percibir en él repentinamente desden y frialdad. Cegado por el resentimiento, terminó su impugnacion furiosa, se volvió con cuidado y se dispuso á salir. Como moraba á varias millas de Paris en una quinta á donde habia ido á restablecerse de una grave enfermedad, no tenia carruage á su disposicion, y temia exponer su salud, débil todavía, vió con enojo que el cielo se habia obscurecido y que una llovizna de otoño poblaba el aire de gotas menudas. El impaciente autor de los «Estudios de la Naturaleza» colmó entónces de dieterios á la madre universal cuyas bellezas y armonías sabia describir con mágica pénéola. El artículo que deseaba llevar en persona á la imprenta no podia publicarse inmediatamente y la airada venganza se dilataba algunas horas más.

Agitado y molesto, sentóse en una galería que miraba al campo, aguardando que se despejase la atmósfera. Febo no escuchaba sus votos y bajaba hácia los dominios de Neptuno rodeado de sombríos vapores. Gemía el viento en la enramada, volaban los pájaros con pesadez sacudiendo sus mojadas plumas, y los animales domésticos buscaban el establo ó el corral para ponerse al abrigo. Poco á poco la rústica poesía de aquel panorama se infiltró, digámoslo así, en un alma capaz de comprender sus atractivos. La gran naturaleza, objeto del sincero entusiasmo de Mr. de Saint-Pierre, concluyó cautivando su atencion como de costumbre. Al través del velo de la lluvia halló la arboleda, la campiña y el sisilencio más gratos

que nunca.—Cediendo, pues, á la inclinacion que les profesaba, nació en su mente la idea fundamental de *Pablo y Virginia*, cuyas cabañas colocó más tarde bajo los plátanos y palmeras de la Isla de Francia, en la cual habia residido durante tres ó cuatro años.

Aun las imágenes de sus tiernos héroes no estaban bien dibujadas en su fantasía, cuando vió pasar dos aldeanitos de distinto sexo, hermanos sin duda, que cubriéndose, para no mojarse, con el zagalejo levantado de la pequeña campesina, caminaban cobijados por el improvisado paraguas. La encantadora sencillez de tan interesante grupo sugirió al hábil escritor uno de los rasgos más gráficos de la bellísima novela cuya lectura arrancará siempre lágrimas á los corazones sensibles. Bernardino de St. Pierre se recogió aquella noche lleno de una complacencia que no hubiera experimentado imprimiendo sin dilacion el artículo confeccionado por su exaltada bilis. Gracias á la lluvia acababa de encontrar una de las felices inspiraciones que huyen de quien las busca y que, bien desenvueltas, bastan para formar la nombradía de un autor.

Al despertar en la mañana inmediata, pensando en los aldeanitos de la víspera y olvidado ya de su enfado contra su protector y amigo, le entregaron una carta afectuosa de su parte destinada á destruir el descontento de la irascible notabilidad literaria. La lluvia, al evitar á Bernardino una ingratitud le suministró la obra imperecedera que lo puso en boga. Hé aquí, lectoras mías, como á menudo lo que juzgamos un mal suele trasformarse en un bien, y viceversa!

Esta reflexion no logrará probablemente que dejeis de fruncir el donoso ceño cuando lloran las nubes y las calles de la Habana se convierten en arroyos. Pero en tales casos el gesto de disgusto desaparecerá pronto si reflexionais en que las alternativas de sol y de humedad fomentan la abundancia; en que las flores, hermanas vuestras, adquieren deliciosa lozanía coronadas de diamantes líquidos y en que el Egipto, donde no cae el riego celeste, es patria de oftalmías, viruelas y fiebres inflamatorias como tambien de la plaga del tédio producido por la monotonía de un firmamento siempre despejado, por los rayos perpétuos de un astro abrasador que no se empaña jamás. Respecto á otras consideraciones de igual importancia para vosotras, os demostraré con ejemplos prácticos que la lluvia os ha prestado más de un servicio, quieras que no quieras, como se dice vulgarmente.

Mústia y despechada observaba recientemente la bella Sofia el turbio cariz del horizonte. Su padre, señor de avanzada edad, empeñado en cerrar ventanas y puertas apenas sopla un airecillo húmedo, como si temiera acabar de enmohecerse, le participó que renunciaba á su proyecto de ir dentro de pocas horas al teatro.

—Entonces, papá—exclama palideciendo la mortificada muchacha—perderemos el palco comprado.

—Peor sería perder la vida—respondió Don Anselmo, que se ha proporcionado con sus excesivas precauciones una vejez achacosa.—Lloras? Te enfadas? No importa. A pesar del furor teatral que de ti se ha apoderado no saldremos hoy. Me he dado ya las frotaciones

contra el reumatismo y deseo recoger el fruto de mi prudencia.

Aunque Sofia, conociendo la obstinacion de su padre, miraba llover con manifiesta pesadumbre, no dimanaba ésta, segun se figuraba aquel, de la cólera que despierta la contradiccion en las niñas mimadas. Existía en su afliccion un secretito que voy á revelaros *sotto voce* para que únicamente vosotras lo sepais.

Cierto jóven llamado Carlos, despues de visitar á Sofia algun tiempo, cayó de los brazos de la tranquila amistad en los del rapazuelo que agita el alma. Habiendo indicado la víspera al *idolo amato* el cambio de sus sentimientos, careciendo de valor para oír de su lábio la sentencia de vida ó muerte, é informado de que pensaba deleitarse á la siguiente noche con el talento dramático de Matilde Duclós, le dijo, valiéndose de un recurso bastante comun en las novelas:

—Sofia hermosa; si la distingo á V. sentada en el palco con un ramo de rosas blancas en la mano, comprenderé que me rechaza la fria indiferencia; si divisó en esos dedos de marfil un ramillete punzó, no me quedará duda de que acoge piadosa en su seno el amor vehemente y mútuo.

El dia designado para la misteriosa explicacion habia pues, Sofia sonreido gozosa al conseguir dos rosas encarnadas y divinas como las que tiñó con su sangre la diosa del amor y de la belleza. La lluvia vino á continuacion á trocar su júbilo en amargura. ¡Buscándole Carlos inútilmente en el teatro podia creer negativa su respuesta y emprender la retirada á toda prisa!

Cuando más entusiasmado leía D. Anselmo á su juvenil retoño, á compás de los chubascos de la tempestuosa noche, un tratado de higiene contra los resfriados, detúvose un carruaje á su puerta.

—¿A quién se le habrá ocurrido visitarnos bajo un diluvio?—murmuró el buen viejo cerrando su libro.—Ah! Ya caigo. Será mi médico.

Pero en lugar del médico suyo entró el de su apenada hija; es decir, Carlos. Oh! Para quien ama de veras ningun plaer igual al de obtener con algun sacrificio la gratitud del objeto que reina en el corazon. Quien no goza sufriendo por el ser querido no sabe amar, ó equivoca una ligera preferencia con un sentimiento grande.

Carlos, por lo mismo, hubiera deseado merecer con un sacrificio mayor que el de ir á visitar á su adorada bajo un aguacero, el reconocimiento profundo que se pintó en su rostro.

—Solamente los locos se pasean por las calles lloviendo—exclamó D. Anselmo al saludarlo.

—Como no encontré á Vds. en Tacon he venido á pedir á Sofia una flor que me prometió ayer, contestó el jóven confuso.

—Y por semejante bagatela se expone V. á adquirir un catarro ó una fiebre pernicioso? repuso el anciano olvidando los recuerdos de su mocedad.—Yo no saldria ahora de mi domicilio ni por un jardín entero aunque superara en magnificencia á los de Semiramis. La imprudencia que V. ha cometido va á costarle cara, añadió reparando en la turbacion de su interlocu-

tor al levantarse Sofía para traer la flor esperada. Está V. trémulo, inquieto, demudado. ¿Quiere V. que mande preparar un ponche confortativo?

—¡Ah! La bondadosa hija de V. me trae el mejor de los remedios, balbuceó Carlos recibiendo una rosa punzó de manos de Sofía, cuyas mejillas reflejaban el carmin del encendido y fresco capullo.

—¡Ojalá algún prematuro reumatismo no haga á V. maldecir la lluvia en adelante! agregó D. Anselmo cerrando un postigo que se había abierto como si Eolo se divirtiera excitando sus pueriles temores.

—En cuanto á mí la miraré en lo sucesivo con simpatía, dijo Sofía á Carlos en voz baja. ¿Podré olvidar acaso que ella ha servido para probarme la sinceridad de un afecto incapaz de retroceder, como las inclinaciones superficiales, ante las alarmas de la vanidad ó los pequeños obstáculos?

Muchas personas juzgan, como Sofía, del valor de las cosas por la influencia que han ejercido en su suerte. Por eso se mezcla tanto la parcialidad en las opiniones humanas.

En otro día lluvioso entreteníanse dos señoritas viendo pasar desde una sala elegante á los pedestres místicos como pollos mojados. Eran amigas, ó lo fueron, interin la rivalidad no alteró su cariño. Según Rousseau, lo que desune con frecuencia á las mugeres es el amor propio con que se disputan mutuamente sus conquistas. Si el filósofo de Ginebra exageró algo, Chucha y Lola patentizan en compensación que no ha sentido una falsedad. Abandonada la primera por un Narciso muy parecido al de la fábula, en lugar la segunda de rechazar al infiel que costara lágrimas á su amiga, se esforzó en atraerlo á sus pies. Mostrárase el gremio femenino más escrupuloso en tales materias y el masculino se mostraría sin duda ménos inconstante. Pero seguro el hombre que deja á una muger, de que otra está dispuesta á perdonarle los agravios inferidos á su compañera, cómo ha de poseer suficiente virtud para renunciar al atractivo de la variedad?

Lola y Chucha disimulando según ordena una sociedad artificiosa sus verdaderos sentimientos, proseguían observando juntas las ocurrencias de la calle, cuando Narciso compareció en la escena bajo un paraguas. Al vislumbrar á las dos muchachas pesóle pasar mojado y enlodado ante sus ojos. Mas primero que descubrir su miedo al enemigo, hubiera continuado su ruta en un atavío peor que el de Robinson.

—¿No es aquel Narciso?—preguntó Lola fingiendo indiferencia.

Trabajo me ha costado conocer en quien tan súbito anda de día á quien tan acicalado se presenta de noche—replicó Chuchita amargamente.

—¿Olvidas Chucha, que el hombre activo descuida su traje en la hora de los negocios?

—¿Y puedes olvidar, Lola, tú que los negocios de Narciso se reducen á pasear al aire libre su ociosidad?

—Sorpréndeme en verdad, Chuchita, tu excesivo rigor.

—Y á mí Lolita, tu desmesurada indulgencia.

La proximidad del nuevo París que así fomentaba la discordia entre las impresionables criaturas que debieran acordarse de que la unión hace la fuerza, interrumpió el referido diálogo. Narciso recogió su paraguas para saludar graciosamente, quiso pisar con elegancia el resbaladizo terreno, fuéle un pié, y cayó boca abajo en un lodazal.

Aprovechóse Chucha de la ocasión para vengarse porrumpiendo en ruidosas carcajadas. Lola, mientras tanto, trataba de permanecer seria, pero viendo al mentecato cuyo mérito consiste en copiar los figurines de París convertido en una criatura enfangada, su risa superó pronto á la de Chucha. Furioso entonces el caído se levantó pronunciando las palabras groseras que jamás el hombre bien educado, por ofendido que se considere, dirige á una señora. El resentimiento de Lola oyéndose llamar tonta y mal criada no tuvo límites. Narciso ha perdido irrevocablemente la esperanza de atrapar su tentadora dote, y la mortificación de los dos pérfidos ha vengado á la pobre Chuchita.

Pocas tardes después un caballero en traje de visita contemplaba inquieto desde su morada los nubarrones del firmamento. Su esposa, jóven y bella, le traía á la memoria su delicada salud para que no se espusiera á mojarse.

—No iré lejos, Panchita—contestó él.—Me limitaré á llegar á casa de la viuda de N. que vive cerca.

Palideciendo Panchita como si su corazón se acongojara, exclamó con intención:

—¿Arrostrar las enfermedades y el mal tiempo para visitar á una dama no revela en el visitante gran deseo de su compañía?

—Bah!—replicó el marido.—El deseo de matar las horas. Malditas nubes!—añadió *in petto*. Por culpa vuestra va á sospechar mi muger más de lo que hay. Está visto; no formo un proyecto que no se frustre.

Arrojó su sombrero sobre el piano y se sentó caviloso en un sillón.

—Andrés, pasaremos la *soirée* juntos—dijo Panchita tiernamente. No te pese, amigo. Tenemos tantas cosas de que ocuparnos! Hablaremos, por ejemplo....

—Del fallecimiento repentino del llorado jóven Chomi Aldama, exclamó Andrés interrumpiéndola con amargura. Tú sabes, Panchita, que, gracias á Dios, no pertenezco al número de las personas que, poniendo el grito en el cielo si sucumbe el rico, miran con indiferencia el ataúd del pobre. Al contrario; según mis ideas, la grandeza de la muerte consiste en la igualdad que establece entre el feliz y el desgraciado entre el hijo mimado de la fortuna y el blanco triste de la adversidad. Pero morir en la primera flor de la juventud, cuando se conoce el lado risueño de la vida y cada latido del corazón constituye una esperanza y un placer; morir cuando se posee todo, desde el amor preferente de los padres, que ven en su gallardo primogénito el futuro perpetuador de su nombre, hasta la consideración pública, es demasiado cruel para que nadie presencie semejante infortunio sin

profunda compasión. Y si hasta el alma de los extraños se oprime ante las cenizas del malogrado joven, que ha pasado sin transición del seno de las felicidades, al fúnebre regazo de la tumba, cómo estará la de los padres desventurados que de tan terrible manera han comprendido la nada de los bienes terrestres perdiendo su mejor tesoro! Miremos, pues, con respeto la gran aflicción de los señores Aldama, y arrojemos flores de simpatía y melancólica recordación sobre el sepulcro prematuro que encierra tantas promesas frustradas, tantas esperanzas desvanecidas y tantas ilusiones generosas que han volado al cielo con el espíritu juvenil que las abrigó!

Interin hablaba Andrés, entraba un apuesto mancebo en la sala donde se hallaba con Panchita.

—¡Felipe! dijo Andrés recibéndole cortesmente.

Aproximándose en seguida á su esposa, agregó con cierta ironía:

—Vea V. probado, señora, que las visitas en tiempo revuelto pertenecen tanto á los amigos como á los enamorados.

Asaltado, no obstante, por repentina sospecha, se valió de la familiaridad que lo unía á Felipe para tomar un libro y fingir que se engolfaba en su lectura.

Confiando, efectivamente, el falso amigo en la ceguera marital se mostró tan expresivo en sus obsequios á Panchita, que abriendo Andrés desfavoridos los ojos, pensó sobresaltado.

—El que á hierro mata á hierro muere.—Mientras iba yo á divertirme en casa agena venia Felipe á divertirse á la mía. En adelante Panchita y yo nos divertiremos juntos para evitar las represalias en cuestión.

Y Panchita, joven honrada y prudente que temia suscitar un escándalo revelando á su esposo que un hombre corrompido se aprovechaba del abandono en que la dejaba su legítimo protector para tratar de pervertirla, ignora como explicarse el propicio cambio que desde la tarde mencionada notó en su compañero.—Pero feliz con él exclama siempre que descendiendo de la atmósfera perlas líquidas y puras:

—Lluvia bendita! ¡Yo te deseo y te amo porque tu reunes en el hogar á los que disemina por el mundo la claridad del sol!

En fin, quién lo hubiera creído? Sorprendido hace poco en la calle por el agua del cielo, un solteron egoísta se refugió en una casa donde cuentan que una señorita encantadora ha verificado el milagro de inspirarle proyectos matrimoniales. Si tales rumores salen ciertos, si A..... que se ha fingido sonámbulo, epiléptico é hipocondríaco para plantar á sus novias con pretextos especiosos, llega á pisar contrito el templo nupcial, diremos que la lluvia ha agregado á sus otros merecimientos el de haber servido de bautismo regenerador á uno de los pecadores que propagan con su ejemplo dañosas ideas.

¿No basta ese último rasgo para que le perdoneis las contras inseparables de todas las ventajas?

FELICIA.

LA QUINTA DE LA FELICIDAD.

CUENTO MORAL

FOR

D. DOMINGO CAMINO.

I.

Próxima á finalizar una tarde de otoño, y á la hora en que el sol huye hácia el ocaso, un hombre embozado en una larga capa de paño pardo y cubierta la cabeza con una boina azul, cruzaba á pasos apresurados por el ameno valle del Sil; al llegar á una casita de bello aspecto, situada á la falda de una colina, suspendió sus pasos; miró á todas partes, y cerciorado de que nadie le seguía, dió dos golpes en la puerta. El lastimero y gutural ladrido de un perro, avisó á los que la habitaban, que el recién llegado no era desconocido; en efecto, sin que persona humana respondiese, aquella se abrió y dió paso al embozado, cerrándose en seguida trás él.

Al sonido de una campanilla, que sonó en el interior, apareció una joven, que sin hablar una palabra se arrojó á abrazar al recién llegado, el que sólo con testó:

—Tened, y seguidme.

Al pasar un pequeño patio, que conducía á las habitaciones interiores, llegaron á una puerta sobre la que se veía pintada una corona de baron; el embozado tocó á un resorte; aquella se abrió, y entraron en una sala, en la que no había más muebles, que un sofá antiguo, y en medio de la pared un cuadro pintado al óleo que, aunque borrado por la mano del tiempo, dejaba ver el rostro de una muger; era un retrato.

El embozado hizo una seña á la joven para que se sentase, y ésta obedeció sin exhalar ni un suspiro; la palidez que cubria su bello rostro en aquel instante, revelaba el temor de que se hallaba poseída su alma. El embozado fijó en ella su altiva mirada, y para tranquilizarla le dijo:

—Nada temas; te conduje aquí, porque quiero hablarte sin que el eco de mi voz se perciba.

La luna había sucedido al sol, y los rayos de su brillante luz penetraron en la habitación, inundándola de inmenso resplandor.

El embozado dejó caer la capa, y apareció vestido con el uniforme de los partidarios de Carlos V. Era un hombre como de unos cincuenta años, de tez morena y mirada altiva. La joven no bien se fijó en el traje, cayendo á sus piés, exclamó:

—¿Qué habeis hecho, padre mio!.. Estais perdido!

—Sí, estoy al borde del precipicio á donde me has colocado.

—Señor!.. yo!..

—Tu imprudente pasion, el fanatismo por Enrique. Un año hace que lucho contigo para que le olvides, y mis esfuerzos fueron inútiles; cansado del rigor de tenerte aquí olvidada para todo el mundo, he pensado librarte de tan horrible esclavitud; pero para redimirte necesito abrir un camino y regarlo con sangre.

—Señor!..

—Calla, y atiende: desesperado de hallar un medio de satisfacer mi venganza, he pensado para hallarme frente á tu amante, tomar partido por una causa á que no soy adicto. Enrique, segun cuenta, es un bravo militar, y retándole un enemigo, un carlista, no dejará de aceptar; entónces, que Dios le proteja!

—¿Por qué ese ódio, padre mio?

—Escucha: ¿ves ese retrato? fué el de una víctima, sacrificada por un malhadado amor; era la esposa de un tio de mi padre, al que cubrió de deshonra un pariente de Enrique!..

—Cielos!

—Mi ódio ya no es de hoy, pues aborrezco toda su familia; te contaré sólo el fin de la historia, que es breve. El tio de mi padre al saber su desgracia encerró á su muger aquí, y la dejó abandonada á sus remordimientos, sin más apoyo, que una doncella que la velaba; cansada de sufrir, y loca con el dolor, dió fin á su existencia; su tumba fueron las aguas del tranquilo rio, que corre al pié de esta quinta. ¿Dí ahora si no tengo razon para aborrecer á Enrique?.. ¡Mañana, ó tu padre ó él!

—¡Piedad!

El eco de una bocina interrumpió el diálogo, y padre é hija guardaron profundo silencio: aquel despues de oír el último sonido, se le vió palidecer; sus ojos se circundaron de sangre y en su semblante se retrataba una alegría feroz. Despues de breves momentos de silencio, exclamó: ¡me vengaré!

Volviéndose despues á su hija, le dijo:

—Prepárate para cubrir mañana tu frente de luto! el eco de esa bocina que has oído, anuncia que tu amante aceptó el reto de tu padre. Si por desgracia sucumbo en el desafio y te llegas á unir á él, mi maldicion te seguirá hasta la tumba: vete y reza por tu padre!

—Tened, padre mio; de aquí no saldré sin que

vos vengais conmigo. Ahora no se trata de mi amor, si no de salvaros; yo puedo hacerlo.

Enrique desde este instante ha muerto para vuestra hija; mi padre es mi amor.

—¡Infeliz!.. es tarde ya! Si retrocedo dirán mis compañeros que el baron de*** es un cobarde; además, hay por medio una deuda de sangre y es preciso que se me satisfaga. Si muero en la demanda, un amigo mio, se encargará de tu futura suerte.

—Padre mio, si dais un paso más, si traspasais el umbral de esa puerta, vos sereis el que tendreis que llorar á vuestra hija.

Al decir esto, la desgraciada Lola, se acercó á la ventana y extendiendo la mano señaló á su padre el rio.

—Este, impasible, volvió á decir:

—Es tarde ya!

Lola, al ver que su padre partía, da un extraordinario impulso á su cuerpo y se arrojó de la ventana. El ruido de un cuerpo al caer sobre las aguas, anunció el fin de la existencia de la desventurada Lola.

El baron lanzó un furioso grito, y entre la más horrenda desesperacion, se le oyó decir:

—Dos deudas de sangre!.. á cobrarlas!

La luna ocultó su luz, y las sombras de la noche corrieron un velo á tan infausta escena.

II

Ocho años habian pasado despues de tan terrible escena; bajo un frondoso sauce, que crecia al pié de la humilde casa, un anciano de aspecto venerable reía, al ver, que un niño de siete años jugaba con sus blancos cabellos, á los que entrelazaba las bellas flores que del campo cogia. Impasible permanecía, temiendo que el inocente niño no pudiera llevar á cabo su idea; pero éste despues de colocar la última flor se separó del anciano y mirándole con risueños ojos exclamó:

—Abuelito, me gustais mucho ahora, pero si os lastiman las flores os las quitaré.

El buen anciano dejó asomar á sus secos ojos una lágrima y le respondió:

—No; hijo mio, déjalas.

—Sí, que las dejaría, pero el sol pue le lastimar vuestra cabeza.

Al mismo tiempo el niño, arrancando una por una, las arrojó al suelo; en seguida cogió el sombrero del anciano y le cubrió la cabeza gritando:

—Abuelito, ahora, al rio á coger peces.

Al nombrar el río el rostro del anciano se cubrió de una palidez mortal, y puesto en pié, cogió la mano que el niño le alargaba y le dijo:

Hijo mio, al lado del río corre un aire muy fresco, y como tu abuelo es viejo necesita del sol: vamos á aquella arboleda y allí jugaremos.

—¿Al columpio? eh?

—Sí, hijo mio; á lo que tu desees.

Llegados al sitio designado, el anciano, sacó del bolsillo de la levita una cuerda y la ató á las ramas de un árbol, colocó en ella al niño, encargándole, que sujetase bien las manos y en seguida, le impulsó y empezó á trabajar el columpio; aquel reía al verse en el aire, y el anciano también gozaba contemplando el placer del inocente.

Cuando más embelesados se hallaban, una jóven hermosa como una huri, se deslizaba como celeste vision por entre las sombras de los árboles; tras de ella, y á corta distancia, seguía un elegante mancebo; ambos suspendieron sus pasos al contemplar aquella escena tan tierna. Despues de acercarse y hablar algunas palabras; se cogieron del brazo y procurando no hacer ruido, fueron paulatinamente dirigiendo sus pasos hácia el anciano. El niño no bien los percibió, dió un grito, y exclamó:

—Récio, abuelito, récio.

El anciano cuidando sólo de complacer al niño, le impulsaba con más violencia, y la jóven no pudiendo reprimir su silencio, en medio de la emoción que la dominaba exclamó:

—¡Bien, padre mio, bien!

El anciano al oír aquella voz soltó la cuerda, y el niño de un salto se puso en tierra, abrazándose á la jóven.

Toda una familia se hallaba reunida y aquella familia era feliz.

Tendrás, lector, deseos de saber quienes eran; pues bien, te lo diré: el anciano era el baron de***, la jóven era su hija, y el mancebo era aquel odiado Enrique, esposo de la constante Lola y el niño, fruto del amor nacido á la sombra de la bendición conyugal.

—El baron, extendiendo los brazos á su hija prorrumpió:

—Ven á abrazarme, hija mia, porque mi felicidad está á tu lado, pues tu amor es el bálsamo que curará las abiertas heridas de mi corazón, esas heridas cuyo mal alimentan tristes recuerdos.

La jóven interrumpiéndole dijo:

—Dejad memorias pasadas; queden para la historia del olvido: ahora os baña el sol de la felicidad,

el amor filial corona vuestra frente y la ventura brilla en torno vuestro.

Do quier tendais la vista, no hallareis más que personas solícitas para complaceros con la efusión del amor más puro, con el sentimiento más santo, que Dios bendice desde el trono de su inmensa gloria.

—Dices bien, Lola, prosiguió Enrique; todas nuestras aspiraciones, el último de nuestros deseos es para nuestro padre, único pensamiento que vive en nuestra alma, rodeado de los encantos del cariño filial, porque despues de Dios, él es el único mortal á quien adoramos; sí, padremio, en el templo del corazón os hemos alzado un altar donde vuestra memoria será tan eterna como la vida que el Omnipotente nos conceda sobre este edem transitorio!

Al concluir Enrique, por las tostadas y arrugadas mejillas del anciano corrieron abundantes lágrimas, y con balbuciente voz, no más, dijo:

—¡Abrazadme!

Tendió el anciano los brazos y estrechó contra su pecho á sus hijos; el niño por uno de esos movimientos instintivos del corazón se abrazó á las rodillas de su abuelo: hermoso grupo, cuadro concebido por el amor paternal, digno del pincel de Murillo ó de la poética pluma de un Lamartine. ¡Oh!... no es el autor de estas líneas quien puede siquiera bosquejarlo: contéplalo, lector, con los ojos del alma y concebirás su hermosura.

En el mismo momento que acababan de abrazarse, un sacerdote acompañado de un anciano campesino aparecía por el fondo del bosque; al ver aquel grupo detuvo el paso y el campesino le dijo:

—Ved la prueba de lo felices que son. Dios sin duda fué quien hace años, guió mis pasos hácia el río para salvar á la señorita Lola; si en aquella noche fatal no me hubiera lanzado á las aguas, hoy no existiría.

—Bendigamos la Providencia, exclamó el sacerdote, cuyos designios son siempre incomprensibles!

El grupo ya se había deshecho, y las personas que lo componían se dirigían á la quinta; pero al ruido de los pasos del sacerdote y del campesino, volvieron la cabeza al lado por donde aquellos venían y á una voz, exclamaron todos: ellos son!

—Sí, contestó el venerable sacerdote, vuestros amigos, que vienen á tomar parte en tan hermosa felicidad.

—Oh, buen pastor! prorrumpió el anciano, no la hay igual en el mundo, como la que en este momento siento.

—¿Sabeis á quién se la debo? A la virtud de mis queridos hijos, y principalmente al buen Tomás, á vuestro compañero. El arrancó de las aguas el tesoro más precioso que me había dado el cielo, mi hija, á la que en un momento de locura abandoné.

—Benedicid al Señor por tanta ventura, le dijo el sacerdote, pues nada sucede en la tierra sin su inmensa é infinita voluntad!

—Mis oraciones, señor, si son satisfacción suficiente á mis agravios, en mi arrepentimiento no cesaré de llorar mis culpas y pedirle perdón! Noche y día no me canso de bendicirle por tanto bien!

—El os lo recompensará; pero ahora tranquilizaos le contestó el sacerdote.

—Permitidme, volvió á decir el baron, que os cuente la historia, que ignorais.

La noche fatal que creí que mi hija era cadáver, me lancé con loca desesperación al campo para buscar á Enrique; me fué adversa la suerte y caí prisionero. Cuando éste llegó á mi lado le apostrofé, y sin embargo, Enrique, cual nuevo Job, sólo dijo: tomad esta pistola, matadme si quereis; pero no temais, que de mis labios salga un agravio.

Instintivamente cogí la pistola, y al ir á apuntar, un sudor frio cubrió mi frente, tembló mi mano y caí al suelo sin sentido.

Cuando volví á la razón me encontré en una casa de campo, y recibí una carta de Enrique donde me decia: partid pronto. Indeciso sobre mi futura suerte, cual si fuera un sonámbulo, caminé para mi casa; allí, señor, otra sorpresa sin igual me proporcionó el cielo.

En el lecho del dolor yacía mi hija, pálida como las sombras de la muerte; á su cabecera un venerable sacerdote oraba, y á los piés arrodillado un cam-

pesino, derramaba abundantes lágrimas; ésos dos ángeles, uno fué vuestro antecesor, que ya no existe, y el otro mi buen Tomás!

Al concluir se echó en brazos del campesino y lloraba como un niño. Sus hijos entónces exclamaron:

—No, más lloros, padre mió!

—Dejad, que á nuestro buen pastor refiera todo.

Cuatro dias despues, siguiendo los consejos de vuestro antecesor escribí á Enrique pidiéndole perdón y ofreciéndole la mano de mi hija: á los dos meses siguientes obtuvo la licencia absoluta y llegó á mi casa. Al otro dia la bendición del cielo descendía sobre las cabezas de estos seres tan queridos para mí, mientras un sacerdote exclamaba: *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios!*

Ya sabeis toda la historia; como hoy es el octavo aniversario de tanta dicha, os mandé á buscar para que paseis á nuestro lado la noche, quiero que ocupeis en esta fiesta el mismo lugar de vuestro antecesor, que hace diez meses no oigo su angélica voz, aquella voz que sonó en mis oidos tan grata como la del cielo.

Me faltaba deciros que entre los vecinos del lugar, solian llamar á mi casa la quinta del misterio, pues para ellos todo era misterioso cuanto veian.

—Ahora, dijo el sacerdote, debeis llamarle quinta de la felicidad.

—Así lo haré; no más contestó el baron.

Al dirigirse todos á la casa, el sol que desde el principio de esta escena dirigia su marcha hácia el ocaso, ocultó tras su inmensidad el último rayo, y las sombras de la noche ocuparon su imperio.

Al dia siguiente, sobre la puerta interior se leía, QUINTA DE LA FELICIDAD. El baron cumplió su palabra.

ÍNDICE

de lo contenido en este tomo.

	Páginas.
Pensamiento de la GALICIA, por el Director Don Antonio de la Iglesia.	1
Bibliotecas públicas, por D. Domingo Díaz de Robles.	3

	Páginas.
Idem idem.	113
Idem idem.	231
Congreso agrícola gallego.	4
Idem idem.	21

	Páginas.		Páginas.
Idem idem.	37	El poder temporal de los Papas justificado por la historia, por el Cardenal Mathieu, traduccion del Presbítero D. Cipriano Sevillano. Prospecto.	80
Idem idem.	52	Galicia. Etimología de su nombre, por D. Domingo Diaz de Robles.	81
Idem idem.	76	De algunos hijos del Ferrol, por A. M. P.	83
Idem idem.	90	Cántiga en loores del Rey D. Enrique el Viejo, (poesía en gallego) por Alfonso Alvares de Villasandino.	84
Idem idem.	101	Cántiga en loores de Doña Beatriz muger de Don Pedro Niño (poesía en gallego) por el dicho autor.	85
Idem idem.	118	Cántiga por amor y loores de Doña Juana de Sosa (poesía en gallego) del mismo autor.	Id.
Idem idem.	123	El modesto Armando, por Felicia.	86
Idem idem.	134	Certámen poético. A la liberalidad de la Reina por la Direccion y Redaccion, á que sigue el programa del concurso, por la Real Academia Española.	97
Idem idem.	151	Árboles, por D. Domingo Diaz de Robles.	98
Idem idem.	170	Cántiga por amor y loores de Doña Juana de Sosa (poesía en gallego) por Alfonso Alvares de Villasandino.	100
Idem idem.	198	Cántiga por amor y loores de una señora suya que decian (poesía en gallego) por el dicho autor.	101
Idem idem.	232	El Castillo de la Rocha, por Un Curioso.	106
Idem idem.	256	¡El Corazon!, por Felicia.	108
Idem idem.	263	El Ayuntamiento de la Coruña á S. M. la Reina con motivo de su gran liberalidad.	111
Gloria de Santiago en la definicion dogmática de la Concepcion de María Santísima, por Un Eclesiástico.	8	Cuestion del ferro-carril gallego, por D. Francisco María de la Iglesia.	112
A mi amigo D. José María Posada (poesía) por Don Francisco Añon	9	Cántiga á Doña Juana de Sosa (poesía en gallego) por Alfonso Alvares de Villasandino. Es la del Naranjal.	115
Alturas de los Picos de Europa, situados en el confin de las provincias de Leon, Oviedo y Santander, sobre el nivel del mar, por D. Casiano de Prado.	10	El lignito, por D. Victor Lopez Seoana.	116
Privilegio de los Condes de Rivadeo, por Blanco de Ibañez, con una adición por la GALICIA.	15	Despedida á Gijón (poesía) por D. Benigno de la Iglesia.	117
Crónica de Galicia, por el Cronista.	16	Montes y tempestades (poesía) por D. Domingo Diaz de Robles.	122
Idem idem.	32	Ferro-carril compostelano. Memoria leida en la Junta general de accionistas, por el Administrador gerente D. Ignacio Vilardebó.	123
Idem idem.	63	Arbolado, por D. Domingo Diaz de Robles.	129
Idem idem.	80	La pascua de Mayo, por Felicia.	130
Idem idem.	96	Poetas (poesía) por D. Domingo Diaz de Robles.	134
Exposicion nacional de Bellas Artes en 1864, por D. Baltasar Peon.	17	Las Hadas del bosque, por D. Ramon Segade Campoamor.	140
Idem idem.	49	A S. M. la Reina, por ceder á la nacion las tres cuartas partes de su patrimonio (poesía) de Doña Emilia Calé de Quintero.	144
Adios á Galicia (poesía) por D. Emilio Saco y Brey.	21	Abedul, por D. Domingo Diaz de Robles.	145
El Sabio benedictino Feijóo. Refutacion de errores contra Galicia, por J. F. de la G.	29	La poesia y el dinero, por Felicia.	146
La bola de la vida, por Felicia.	33	Informe sobre la obra del Excmo. Sr. D. Fermín Caballero titulada <i>Fomento de la poblacion rural de España</i> , por D. José Pardo Bazán.	155
¡Sempre chea de pesar!! (poesía en gallego) por D. Emilio Saco y Brey.	36	Botánicos de Galicia. Apuntes, biográficos de Quiroga, Camiñ, y La Sagra por D. Miguel Colmeiro.	158
Poesías gallegas del Licenciado D. Juan Manuel Pintos, por D. José María Posada.	44	Honor de Galicia vindicado, por la Direccion y Redaccion de la GALICIA.	161
Caminos vecinales, por D. Domingo Diaz de Robles.	45	Cántiga á Doña Juana de Sosa (poesía en gallego) por Alfonso Alvares de Villasandino.	162
A Compostela, (poesía) por D. José María Montes.	47	Cántiga por amor y loores de la misma señora (poesía en gallego) por el dicho autor.	163
Oda (poesía al ferro-carril gallego) por D. Eduardo Pondal.	52	Cántiga por amor, y loores de la misma dama (poesía en gallego) por el mismo autor.	Id.
Biografía de «El Solitario» (poesía) por E. de R.	59	Bellas Artes. Modelo de la sagrada Cena de escultor San Martin, por D. Antonio de la Iglesia.	164
Los primeros dias, por Felicia.	60	Idem idem.	188
Crónica general de España, dirigida por D. Cayetano Rosell. Anuncio	64		
Terreno inculto en Galicia, por D. Domingo Diaz de Robles.	95		
Juegos florales. A Galicia, (poesía en gallego) por D. Francisco Añon.	67		
Cáldas de Reyes. Impresiones de una temporada de baños, por D. Domingo Erosa y Fontán.	68		
Idem idem.	148		
Idem idem.	268		
El primer rubor, (poesía) por D. Eduardo Pondal.	71		
El escultor Silveira. Apuntes biográficos, por Cean Bermudez.	Id.		
A Felicia. (poesía) por D. Domingo Diaz de Robles.	Id.		
Nomenclátor de la provincia de la Coruña.	72		
Exámenes del proyecto de ley adicional á la hipotecaria, por D. Félix Alvarez Villaamil.	73		
Idem idem.	158		
Idem idem.	176		
Idem idem.	191		
Idem idem.	223		

Páginas.	Páginas.		
Idem idem.	205	Pot-pourri, por Felicia.	225
Idem idem.	212	Real carta concediendo título de ciudad á Pontevedra.	228
Idem idem.	236	Invocacion al Apóstol Santiago en su metropolitana Iglesia el 25 de Julio de 1863, por el Alcalde presidente del Exmo. Ayuntamiento, á nombre de S. M. en el acto de la ofrenda de los mil escudos de oro.	239
La felicidad, por Felicia.	166	Contestacion del Eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo.	Id.
El poeta gallego D. Vicente de Túrnes, por D. Antonio de la Iglesia.	169	Arbolado, por D. Domingo Díaz de Robles.	240
Poesía premiada por la Real Academia Española, á la liberalidad de la Reina.	173	Necrología del ferrolano D. Manuel de la Peña, Director de <i>La Crónica de Nueva-York</i> , por este periódico.	241
Castillo de Tenorio. Sitio y rendicion del mismo por Pedro Madruga, por D. Antonio Godoy Figueroa.	Id.	Pico de oro, por Felicia.	242
La Catedral de Mondoñedo. Juicio de esta Disertacion de D. José de Villaamil y Castro, por la <i>Gaceta de Madrid</i>	175	La Peregrinacion de Childe Harold, poema de Lord Byron traducido por D. Manuel de la Peña y Cagigao, por D. Justo Gayoso.	245
Discurso sobre el fomento de la agricultura, pronunciado en el Congreso de los Diputados, por el Sr. D. Frutos Saavedra Meneses el 12 de Mayo de 1865.	177	Las Bellas Artes, (art. II.) por D. Ramon Segade Campoamor.	248
Bellas Artes. Semana Santa en Ponferrada. Monumento nuevo del pintor D. Lorenzo Fuentes, por D. Mateo Garza.	181	Zootecnia, por D. Domingo Diaz de Robles.	251
La Mariposa, por Felicia.	183	Agricultura. La planta forragera, nombrada Broma de Serader.	253
Apuntes biográficos de los artistas gallegos Figueroa, Moure, y Ochagavia, por Cean Bermudez.	186	El Rey del Lago (poesía) por D. Domingo Diaz de Robles.	254
Arboles floridos (poesía) por D. Domingo Diaz de Robles.	187	Iglesia de Serantes, por <i>El Eco Ferrolano</i>	257
Caridad. Asilo de pobres convalecientes de San Roque en Santiago, por D. Antonio de la Iglesia.	190	El Bonachon, por Felicia.	Id.
El Reino de Galicia ante su principal Señor y Rey. Noticia de esta ceremonia por M. P. D. Agricultura (poesía) por D. Domingo Diaz de Robles.	193	Cántiga por amor y loores de Doña Juana de Sosa, ó de la Reina de Navarra, segun otros (poesía en gallego) por Alfonso Alvares de Villasandino.	260
Cuerpo débil y alma robusta, por Felicia.	194	Cántiga por amor y loores de Doña María de Cárcano (poesía en gallego) por el dicho autor.	261
Cántiga por amor y loores de Doña Juana de Sosa (poesía en gallego) por Alfonso Alvares de Villasandino.	195	Cementerio, por D. Domingo Diaz de Robles.	Id.
Cántiga por amor y loores de la misma (poesía en gallego) por el dicho autor.	202	Ciprés y rosas (poesía) por D. José María Posada.	266
Cántiga en loores del Rey D. Juan (poesía en gallego) por el mismo autor.	Id.	Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales. Programa para la adjudicacion de premios en el año de 1866.	268
La agricultura en Galicia y modo de fomentarla, por el <i>Eco de la Ganadería</i>	203	La misma Academia. Premios de 1865.	270
Movimiento literario de Galicia y sus hijos.	204	Noticias y documentos referentes al Arzobispado de Santiago, recogidos por el Presbítero D. Francisco Javier Rodriguez.	Id.
Idem idem.	207	Idem idem.	285
Idem idem.	254	Idem idem.	335
Idem idem.	284	Idem idem.	350
Idem idem.	333	Idem idem.	365
El día de María Pita, por D. Antonio de la Iglesia.	207	Idem idem.	369
Excelencias de Galicia. Carta de D. Diego de Acuña, Conde de Gondomar, á D. Andrés de Frada, Secretario de Estado del Rey D. Felipe III.	209	Contestacion del Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal al discurso leído por el Excmo. Sr. don Luis Gonzalez Brabo en su recepcion pública como académico de número de la Real Academia Española.	273
Ferro-carril gallego.	215	Idem idem.	298
Idem idem.	255	Cántiga por amor y loores de la Reina de Navarra, hermana del Rey D. Juan (poesía en gallego) por Alfonso Alvares de Villasandino.	278
Idem idem.	284	Cántiga cuando desposaron la Reina de Navarra con D. Carlos, porque se iba (poesía en gallego) por el dicho autor.	Id.
Idem idem.	303	Cántiga por manera de desfecha á esta otra cántiga que hizo á la dicha Reina (poesía en gallego) por el mismo autor.	279
Idem idem.	334	Apuntes biográficos de gallegos ilustres. Sarmiento de Luna, por M. de Alventos.	Id.
Victoria de Vigo. Al aniversario de la funcion cívico-religiosa del Smo. Cristo de la Victoria, por el <i>Faro de Vigo</i>	215	Arboricultura (poesía) por D. Domingo Diaz de Robles.	280
A la rendicion de Vigo en 1809 (poesía) por D. Antonio Rotea.	216	Murallas del frente de tierra de la Coruña. Exposicion del Excmo. Ayuntamiento á S. M. pidiendo su demolicion.	281
Apuntes biográficos de gallegos ilustres. Armada y Parcerio, por Villanueva.	217	Mejoras materiales de la Coruña. Carta oficial	
El dos de Julio. Un recuerdo á una heroína (MARÍA PITA) por <i>El Avisador</i>	218		
Un recuerdo á la Coruña (poesía) por Doña Emilia Calé de Quintero.	219		
Antigüedades. Circular del Ministerio de Fomento á las Comisiones de Monumentos.	220		
Ferrol. Muelle de Coruxéiras por D. Domingo Diaz de Robles.	Id.		
Procesion de Nuestra Señora de las Angustias en Ferrol, por D. Benito Vicetto.	222		

Páginas.	Páginas.		
del Excmo. Ayuntamiento al Ilmo. Sr. don Frutos Saavedra Meneses, Director general de Obras públicas, acerca de dicha demolición y de una dársena en proyecto en el espacio de mar entre el Gobierno de provincia y el Parrote.	289	Los Churruchaos y la Torre de la Barreira. Estudios históricos y arqueológicos, por D. Antonio de la Iglesia.	337 *
Totum-revolutum, por Felicia.	291	La sagaz Sofía, por Felicia.	343
La Universidad de las mugeres, por D. Antonio de la Iglesia.	294	Decir á Don Gutierre de Toledo arcediano de Guadalajara cuando fué electo de Toledo (poesía en gallego) por Alfonso Alvares de Villasandino.	348
Locomotora del muelle de la Coruña, por el mismo.	297	Cántiga de Macías para su amiga (celebrada poesía en gallego) por el mismo Macías, que empieza: Cativo de miña tristura.	349
Memoria acerca de la Escuela de Bellas Artes de la Coruña, leída el día 2 de Octubre de 1865, por D. José Moreno y Moreno profesor y director de la misma, en el acto solemne de la apertura del curso de 1865 á 1866.	305	Cántiga de Macías para su amiga (poesía en castellano) por el mismo Macías, que comienza: Señora en que fianza.	Id.
Cántiga por amor y loores de Doña Juana de Sosa (poesía en gallego) por Alfonso Alvares de Villasandino.	312	Estudios arqueológicos. El quinto poder tribunal del emperador Cayo Julio Vero y Maximino, por D. Ramon Barros Sivelo.	333
Cántiga en loores y alabanza de la Reina de Navarra (poesía en gallego) por el dicho autor.	Id.	Dulce-Maria, por Felicia.	336
Preguntas de un Bachiller de Salamanca (poesía en gallego) contra Alfonso Alvares de Villasandino.	313	Etimologías históricas y geográficas. Alpujarras. Nete. Orzán. La Turce etc., por D. Domingo Diaz de Robles.	339
Respuesta de Alfonso Alvares de Villasandino (poesía en gallego) contra el Bachiller de Salamanca.	Id.	Estudios geológicos. Un viage á la sierra del Gerez, por D. Ramon Barros Sivelo.	360
Rosa y Jacinta, por Felicia.	314	Cántiga de Macías contra el Amor, ó contra el Rey D. Pedro segun algunos (poesía en castellano) por el dicho Macías, que principia: Amor cruel e brioso.	363
Apuntes biográficos de gallegos ilustres. Páramo y Somoza. Luaces. Rodriguez de Balboa, por Riobóo.	317	Cántiga de Macías en loores del Amor (poesía en castellano) por el mismo Macías, que empieza: Con tan alto poderío.	364
Exequias de la Sra. Vizcondesa de Jorbalán hechas en la Coruña, por Doña Concepcion Arenal.	318	Cántiga de Macías quejándose de sus trabajos (poesía en castellano y gallego) por el citado Macías, que comienza: Probé de buscar mesura.	Id.
Los Venerables de España, por Samuel Valin. Discurso leído el día 2 de de Octubre de 1865 en el acto de apertura de la Escuela de Bellas Artes de la Coruña, por D. Faustino Dominguez Presidente de la Academia de Bellas Artes etc.	320	La Lluvia, por Felicia.	371
Pregunta de Alfonso Alvares de Villasandino (poesía en gallego) contra Garcia Fernandez cuando se tornó moro.	325	La Quinta de la Felicidad, por D. Domingo Camino.	374
Decir contra el amor, quejándose de él, afeándole y despidiéndose del mismo (poesía en gallego) por Alfonso Alvares de Villasandino.	Id.		
La muger, por D. Nazario R. de Puzo.	326	Editor responsable,	
El Sabio y el niño. Anécdota, por J. M. G.	327	D. FRANCISCO M. DE LA IGLESIA Y GONZALEZ.	
El pié, por Felicia.	329		
Bellas Artes. El escultor Don Francisco Guerra Felipe, por D. Domingo Diaz de Robles.	331	CORUÑA. — IMPRENTA DEL HOSPICIO.	
		á cargo de D. Mariano Marcos y Sancho.	